

## Virginia Cervantes Restauradora ambiental

En 1984 llegué por primera vez a la región de la montaña en Guerrero. En ese viaje, que formaba parte del servicio social que estaba prestando en el laboratorio de Ecología de la Facultad de Ciencias, descubrí lo que realmente me interesaba hacer como bióloga. Desde entonces me he dedicado a tratar de entender las complejas relaciones que establece una comunidad campesina con los recursos naturales de su entorno y a partir de eso generar estrategias efectivas de restauración ambiental.

Antes de ir a Guerrero mi principal interés era la investigación de semillas. De eso trataba la tesis de licenciatura que estaba preparando y por tal razón hacía algunas prácticas en el entonces laboratorio de semillas del Instituto de Biología, y en la reserva de Los Tuxtlas en Veracruz. Sin embargo, la montaña se atrevió en mi camino.

Hubo un grupo de profesores de la Facultad de Ciencias al que en 1983 el alcalde del municipio de Alcozauca, Guerrero, le solicitó asesoría para enfrentar ciertos problemas que tenían los campesinos en la producción de maíz. Así nació el Programa de Aprovechamiento de los Recursos Naturales Renovables en la Región de la Montaña en Guerrero, que más tarde dio lugar al Programa de Aprovechamiento Integral de Recursos Naturales (PAIR).

En 1997 el PAIR se convirtió en Asociación Civil y se desligó de la Facultad de Ciencias. Sin embargo, el grupo que había comenzado a trabajar en el área de restauración ambiental, al cual yo pertenecía, decidió continuar de manera independiente la investigación que había comenzado en la región de la



montaña. Ese año el Fondo Mexicano para la Conservación de la Naturaleza aceptó financiar nuestro proyecto. Fue la primera vez que se apoyaba un proyecto de restauración ambiental. La novedad del programa residía en su enfoque interdisciplinario, en su planteamiento de que había que trabajar de acuerdo a los requerimientos de cada unidad familiar y en el compromiso de reintroducir o proteger varias especies vegetales al mismo tiempo. A partir de entonces y hasta el año 2000, el grupo de investigación se concentró en el pueblo de San Nicolás Zoyatlán, municipio de Xalpatláhuac, Guerrero. Logramos demostrar que era posible desarrollar estrategias sencillas, replicables con un sólido sustento científico que pueden mejorar la calidad de vida de una comunidad restaurando el equilibrio ecológico.

Al mismo tiempo que coordinaba el desarrollo del proyecto, impartía clases en la licenciatura de Biología y trabajaba como técnica académica en el laboratorio de ecología de la Facultad de Ciencias. Además comencé el programa de doctorado, que estoy a punto de terminar. Lo más difícil no ha sido conseguir el financiamiento, ir y venir de la montaña, convencer a los campesinos de integrarse al programa, sino tener que lidiar con una serie de disposiciones administrativas e inercias que afectan el trabajo académico dentro de la UNAM.

Para alguien como yo que ha desarrollado, junto con un grupo de gente, una línea de investigación novedosa, que ha dado resultados y que ha permitido la formación de muchos estudiantes, resulta frustrante toparse con una serie de prácticas que tienden a dispersar los esfuerzos. Debido a que mi puesto es de técnico académico estoy impedida a fungir como directora de tesis de alumnos de posgrado con los que he trabajado en el campo. Además como el tema de la restauración es muy reciente no hay muchos investigadores en la UNAM que manejen esa metodología. Esto dispersa al grupo. Por otra parte los técnicos académicos no podemos solicitar apoyo financiero del Conacyt o de la misma UNAM. Normalmente un estudiante de doctorado acaba integrándose al proyecto de investigación de su director de tesis, pero en mi caso yo tengo mi propio proyecto y tuve el financiamiento para echarlo andar, eso en lugar de facilitar mi situación en la UNAM me ha traído algunos contratiempos y no pocas frustraciones. ♣